

proteger con todas sus fuerzas á Lutero, y á darle buena hospitalidad, como dijo él mismo á Tezel en los siguientes términos, que ciertamente revelan muy mal gusto: «Yo, Martin Lutero, estoy en Witemberg, y participo á todos los inquisidores de la fe, comedores de hierro candente y rajantes de peñas, que aquí se halla buena hospitalidad, puerta abierta, mesa puesta y mucha amabilidad, merced á la benevolencia de nuestro duque y príncipe, el elector de Sajonia¹.»

CONFERENCIA LXXXVIII.

LA EXTREMAUNCION.

EL TEÓL. Dios se ha dignado subvenir á todas las necesidades espirituales del hombre, proporcionándole socorros análogos á las diversas situaciones de la vida. Regenerado en las aguas saludables del Bautismo, se ve fortificado en la Confirmacion, alimentado con la divina Eucaristía, y purificado de la mancha del pecado en el sacramento de la Penitencia. Si por las dolencias corporales no puede ir á reconciliarse en la casa del Señor, y participar de la santa mesa, Dios manda á sus ministros que vayan á visitarle en su enfermedad, y llevarle su paz con el perdon de sus faltas, y él mismo se ofrece á su amor y á sus adoraciones, uniéndose á su alma por medio de la Comunión ó del Viático celestial, para alentarle y sostenerle en el último combate de la vida.

No han bastado sin embargo á la misericordia del Señor unas gracias tan abundantes: el tierno cariño que profesa á sus hijos le ha inducido á instituir un Sacramento especial en favor de los enfermos, para borrar las reliquias del pecado, curar el alma de la angustia que contrajo por el mismo pecado, ponerla robusta é inalterable contra los ataques de sus enemigos, infundirle una confianza saludable en la bondad divina, y finalmente restablecer la salud del cuerpo, si Dios lo cree conveniente para la santificacion y la salvacion. Este rito sagrado es la Extremauncion, así llamada por ser la última uncion que la Iglesia administra á sus hijos, pues las otras se hacen en el Bautismo, en la Confirmacion y en el Orden. Esta preciosa insti-

¹ Historia de Lutero, por Mr. Audin.

tucion del divino Salvador viene consignada en los siguientes términos en la epístola de Santiago: *¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame á los presbiteros de la Iglesia, y oren por él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor. Y la oracion de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará; y si se halla con pecados, se le perdonarán¹.*

EL DR. ¿Pueden indicarse en la Extremauncion todos los caracteres de un verdadero Sacramento?

EL TEÓL. Primeramente vemos en ella el signo sensible en el óleo que sirve para la uncion santa con la oracion del sacerdote. No es dudosa la produccion de la gracia, porque sus saludables efectos consisten en la remision de los pecados y otros dones espirituales: de suerte que toda la dificultad consiste en determinar si la Extremauncion fue instituida por Jesucristo. Al tratar de los Sacramentos en general distinguimos dos instituciones, una directa y otra indirecta, y además demostramos que todos estos ritos sagrados fueron establecidos por el Salvador, siendo este un dogma de nuestra fe católica; pero basta comprobar la produccion de la gracia, unida en la nueva ley á algun signo sensible, para afirmar que sólo Jesucristo pudo atribuir semejante virtud á este simbolo material. Por esto dictó el concilio de Trento la definicion siguiente contra los novadores que comparaban la Uncion santa á la bendicion del agua y de la sal, establecida por los hombres, ó que osaban calificarla de Sacramento imaginario, ó sea, de verdadera comedia². «Si alguno dice que la Extremauncion no es un verdadero Sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo y promulgado por el bienaventurado apóstol Santiago, sino solamente un rito que nos han legado los santos Padres, ó un Sacramento imaginario, ó una ficcion humana, sea excomulgado³.» Poco importa el modo de la institucion, pues el hecho es que asciende á la autoridad de Jesucristo; pero las palabras del Concilio indican con bastante claridad que fue establecido directamente por el Salvador y promulgado por el apóstol Santiago. También la vemos clasificada entre los Sacramentos en el decreto de Eugenio para los armenios, y en las cuestiones dogmáticas dirigidas en el concilio de Constanza á los partidarios de los novadores.

Atendiendo sin embargo á las prevenciones de los Protestantes contra la doctrina de los Concilios, y particularmente del de Trento, vamos á ver qué idea tenian de la Extremauncion los antiguos Padres de la Iglesia, ó si la clasificaban entre los Sacramentos. Orígenes cita las palabras de Santiago, y compara esta Uncion á la Pe-

¹ Jac. v. — ² Lut. de Capt. Bab.; Calv. Inst. lib. 4. — ³ Ses. 14.

nitencia, que admitian como un verdadero Sacramento ¹. San Juan Crisóstomo enumera en el libro del sacerdocio las funciones de los sacerdotes entre los fieles, «y no solamente, dice, nos regeneran por el Bautismo, sino que tambien pueden perdonar los pecados; por- que ¿está enfermo alguno entre vosotros? Llame á los presbíteros de la Iglesia ².» Consultado por un obispo á principios del siglo V, sobre diferentes puntos relativos á la Uncion, san Inocencio I prohibe que se la conceda á los penitentes que no se hayan aun reconciliado, puesto que tambien se les niegan los otros Sacramentos. No producirémos ninguna cita de los siglos posteriores, pues los Protestantes confiesan que este rito procede de los santos Padres, sin duda del cuarto ó del quinto siglo, de manera que los reconviene por haberse echado desde dicha época en la funesta senda del error.

Aquí recuerdan los teólogos la muy acertada observacion del cardenal Belarmino: «Si no tenemos muchos testimonios relativos á este Sacramento, es porque los antiguos Padres no tuvieron ocasion de consignar su doctrina por escrito, pues se contraian á la enseñanza oral, y solo escribian sobre los Sacramentos que se administran cada día en alguna ocasion particular, como se ve en esta circunstancia del papa san Inocencio.» Por lo demás, todas las iglesias de Oriente clasifican la Extremauncion entre los Sacramentos, y este hecho bastaria por sí solo para demostrar este dogma cristiano, pues no es posible suponer que los orientales hayan consentido despues del cisma griego en recibir este Sacramento, de la Iglesia latina. Así debe decirse que los orientales le admitian antes de la separacion, y que le administraban como nosotros, con arreglo á las tradiciones apostólicas. «Por este medio, dice el concilio de Trento, la Iglesia ha sabido y enseña cuáles son la materia, la forma y los saludables efectos de este Sacramento ³.» Por lo que hace á los puntos que faltan examinar, sigamos el orden indicado por el Concilio.

«El elemento ó la materia de este Sacramento, como lo decretaron los Concilios, y señaladamente el Tridentino, es el óleo consagrado por el Obispo; esto es, el licor exprimido, no de cualquier materia pingüe y crasa, sino únicamente del fruto de las olivas. Y muy al propio significa esta materia lo que interiormente se obra en el alma por virtud de este Sacramento. Porque así como el aceite es muy provechoso para mitigar los dolores del cuerpo, así la virtud de este Sacramento disminuye la tristeza y dolores del alma. «El aceite tambien restituye la salud, causa alegría, es cebo de la

¹ Tom. I in Lev. — ² De Sacerd. lib. 3. — ³ Ses. 14.

«luz, y además de esto es muy á propósito para reparar las fuerzas del cuerpo fatigado. Y todas estas cosas declaran lo que hace en el enfermo la virtud divina por medio de este Sacramento.

«La forma del Sacramento son las palabras y aquella oracion solemne que hace el sacerdote á cada una de las unciones, cuando dice: *Por esta santa uncion te perdone Dios todo lo que pecaste por vicio de los ojos, de las narices, del tacto, etc.* Estas palabras se han recibido por una tradicion constante, y en todas las iglesias se hace uso de la misma forma ¹.» La diferencia de ciertas palabras que se observan en los rituales de algunas iglesias no cambian en ninguna manera su sentido, que tambien está conforme con la oracion sacramental que usan los griegos en la Extremauncion.

Entremos en algunos pormenores relativos á la administracion de este Sacramento de los enfermos, porque tambien encierran instrucciones útiles á la edificacion de todos. Á los ojos de la razon, el hombre es un ser espiritual, inteligente, libre, y unido á un cuerpo que le pone en comunicacion con el mundo material; ó, como dicen algunos filósofos, el hombre es una inteligencia servida por órganos. Para corresponder á los designios del Criador y cumplir con su dignidad, debe mandar á su cuerpo, sujetándole al yugo del espíritu; mas si llega á introducirse el desorden en su naturaleza, si abusando de su libre albedrío abdica el imperio de la inteligencia sobre la materia, si con ser la imagen de la Divinidad se deja llevar de pasiones deshonorosas, ¿quién puede negar la necesidad del arrepentimiento y de la expiacion para restablecerse en la santidad de la semejanza con su Criador deplorando el mal uso de sus sentidos, que por culpa suya han sido instrumentos de degradacion y pecado? Considerado con arreglo á la fe, el hombre regenerado en las aguas del Bautismo recibe por los Sacramentos una consagracion de su alma y de su cuerpo; es el templo de Dios vivo, una casa espiritual, y debe conservarse puro y casto, atemperando sus miembros á la justicia y á la santidad. El destino de un cuerpo tan íntimamente enlazado con el alma para honrar al Criador, le impone la obligacion de tratarlo con respeto; porque esta parte de sí mismo saldrá algun día del polvo de la tumba para verse revestida de las gloriosas calidades de la resurreccion y de la inmortalidad. Para que el discípulo de Jesucristo resista los estímulos de una carne corrompida por la concupiscencia, y conservarla sujeta á la razon, se le han concedido gracias espirituales; por lo que si deja que la carne domine al espí-

¹ Catec. del Conc. Trid.

ritu, entregándose á los deleites sensuales, viola á la vez el órden de la naturaleza y la dignidad del augusto carácter de cristiano. Verdad es que el culpable tiene siempre en la misericordia divina y en los Sacramentos instituidos por Jesucristo recursos eficaces para restablecer á su alma en la santidad; mas entre estos Sacramentos hay uno, y es la Extremauncion, que promueve y excita nuestro arrepentimiento sobre el abuso de los sentidos, rehabilitándolos, si así vale decirlo, por medio de esta sagrada expiacion.

Por tanto la administracion de este Sacramento tiene lugar en los miembros del cuerpo, que son los instrumentos ordinarios del pecado. El sacerdote inspira al enfermo el arrepentimiento y el dolor, advirtiéndole que los exprese vivamente á Dios, á medida que verifica la uncion sagrada en los sentidos y en forma de cruz pronunciando esta oracion sacramental: «Por esta santa uncion te perdone Dios todo lo que pecaste por vicio de los ojos, de las narices, del tacto, etc.» Despues de las unciones «el sacerdote ruega de nuevo para conseguir la salvacion del enfermo. No hay otro Sacramento que se administre con mas oraciones, y ciertamente con mucha razon, porque en ese tiempo especialmente deben ser ayudados los fieles con piadosas súplicas. Y así todos los que se hallan presentes, y en especial los párrocos, deben orar á Dios con todas veras, y encomendar con gran fervor á su misericordia la salud y la vida del doliente¹.» Tales son los saludables efectos que produce la Extremauncion en el cristiano que se halla animado de una viva fe y arrepentimiento. Si el enfermo es reo de pecados mortales, pero por circunstancias independientes de su voluntad no puede recurrir al sacramento de la Penitencia para conseguir su perdon, es de esperar que se los borre la gracia de la Extremauncion; porque, segun el texto de la Escritura: *Si se halla con pecados, se le perdonarán*; y el concilio de Trento dictó tambien esta definicion: «Si alguno dice que la santa Uncion de los enfermos no confiere la gracia ni remite los pecados, sea excomulgado.» En estas circunstancias la Extremauncion es un Sacramento de muertos, pues procura la justificacion, que hace pasar al alma de la muerte del pecado á la vida de la gracia santificante.

«Otra utilidad de la sagrada Uncion es librar al alma del desfallecimiento y debilidad que contrajo de los pecados y de todas las demás reliquias de ellos... Además de esto á los enfermos les acongoja á menudo con vehemencia la idea de que de allí á poco deben presentarse ante el tribunal de Dios, quien ha de pronunciar sobre

¹ Catec. del Conc. Trid.

«nosotros sentencia justísima, segun lo hubiéremos merecido; pero nada es tan provechoso para la serenidad de la muerte como desear echar la tristeza, esperar con ánimo alegre la *venida del Señor*, y estar aperebidos para devolverle con toda voluntad *nuestro depósito* siempre y cuando se sirva pedirle, pues el sacramento de la Extremauncion es el que hace que queden libres las almas de los fieles de estas inquietudes, y que su corazon sea henchido de una alegría santa y piadosa.

«Sobre todo lo dicho logramos tambien por este Sacramento otro beneficio que con mucha razon puede estimarse como el mayor de todos... Por tanto por este Sacramento se provee á los fieles de armas y fuerzas con las cuales puedan quebrantar el ímpetu del enemigo y hacerle vigorosa resistencia; porque con esta gracia se conforta y se alienta el alma del enfermo, con la esperanza en la bondad de Dios, y esforzado con ella lleva con menos trabajo todas las molestias de la enfermedad, y burla mas fácilmente las artes y astucias del demonio. Últimamente causa este Sacramento, si conviene, la salud del cuerpo, y si en este tiempo lo consiguen pocos, esto á la verdad se ha de creer que acaece no por defecto del Sacramento, sino de la poca fe en la mayor parte de los oleados, ó de los ministros: sin embargo acerca de esto debe excitarse en gran manera la fe, porque venga lo que viniere segun el consejo y voluntad de Dios por lo que mira á la salud del cuerpo, por lo que pertenece á la del alma deben tener los fieles esperanza firme de que la conseguirán por la virtud de este sagrado óleo, y de que si llegan á morir percibirán el fruto de aquella voz divina: *Bienaventurados los que mueren en el Señor*¹.»

Segun las palabras de la Escritura y la costumbre de la Iglesia, no debe administrarse la Extremauncion sino á las personas atacadas de una enfermedad peligrosa; mas hay entre los Cristianos un abuso deplorable, que consiste en abstenerse de llevar este Sacramento á los enfermos hasta el último momento, para no amedrentarlos, segun dicen, con una ceremonia que es presagio casi cierto de una cercana muerte. Algunas veces ni siquiera se atreven á pronunciar la palabra Extremauncion en presencia de una familia alarmada, para que no se desespere ó se deje llevar del dolor y de la desolacion. Fuerza es reconocer que estas son preocupaciones muy tristes de la ignorancia ó de un afecto desordenado que arrebatan al enfermo los auxilios de este Sacramento, ó que contribuyen á hacérselo menos saludable.

¹ Catec. del Conc. Trid.

El sacerdote le hubiera inspirado las disposiciones convenientes, si pudiera hacerse oír y comprender; pero su ministerio resulta incompleto y no pocas veces inútil si se le llama en el último momento, cuando el moribundo se ve ya privado de sus sentidos y de su razón. Si hubiese una fe mas viva en los corazones, y fuesen mas conocidas las ventajas de este Sacramento, no andarian los fieles tan remisos en llamar al sacerdote de Jesucristo, en cuanto asomase el peligro con inminencia; y entonces por la circunstancia de hallarse el enfermo en mejores disposiciones podrian esperarse efectos mas eficaces, no solamente para su alma, sino tambien para su cuerpo.

La Iglesia, sin embargo, siempre indulgente con sus hijos y celosa por su salvacion, manda á sus sacerdotes que administren este Sacramento á los que han perdido el uso de la palabra y que se hallan sin conocimiento, si antes de caer en este triste estado dieron señales de arrepentimiento y pidieron el Sacramento, ó por lo menos cuando por las circunstancias de su vida pueda juzgarse que hubieran reclamado este auxilio de la Religion, si hubiesen podido hacerlo. Los padres deben proporcionar las gracias de este Sacramento á sus hijos enfermos que tienen uso de razón, aunque no se hayan acercado todavía al tribunal de la Penitencia, pues cuando se duda si pueden sacar de dicho Sacramento alguna ventaja, la piedad los obliga á tomar el partido mas seguro, y el sacerdote debe conocer si la administración del mismo Sacramento puede ser útil á estos jóvenes cristianos. Es preciso que los padres se libren de la terrible responsabilidad que pesaria sobre ellos, si privasen á sus hijos de esta última gracia, que acaso es indispensable para purificarlos de sus faltas y abrirles la puerta de la felicidad eterna. « Es menester observar que « en una misma enfermedad, y estando el doliente en el mismo peligro de muerte, solo una vez ha de ser oleado; pero si despues de « recibida esta Uncion convalece, cuantas veces cayere en el mismo « peligro, otras tantas se le puede aplicar el socorro del mismo Sacramento ¹. » ¡Interesante y misericordiosa bondad del divino Salvador, que multiplica sus gracias segun nuestras necesidades, que nos pone las armas en la mano, que nos excita y que nos sostiene en el último combate hasta que hemos alcanzado la victoria sobre todos nuestros enemigos! Animada de la tierna solicitud de Jesucristo hacia los hijos afligidos por la enfermedad, la Iglesia católica los recomienda con las mas vivas instancias al celo y á la caridad de sus sacerdotes, prescribiéndoles la visita frecuente y el cuidado espiri-

¹ Catec. del Conc. Trid.

tual de los enfermos como el deber mas esencial de su sagrado ministerio. Los mismos impíos hacen esta justicia á los sacerdotes católicos, confesando que comprenden la importancia de una obligacion tan santa, y que la desempeñan con un entusiasmo, con un celo y con una solicitud que nunca pueden inspirar los intereses terrestres. En vano quisiera manifestaros, porque no os es posible comprenderlo, cuáles son los sentimientos de un ministro de Jesucristo con respecto á los enfermos. Si se le avisa en el acto de inmolar la Víctima de la salvacion ó de anunciar á los fieles la sagrada palabra, consume el sacrificio comenzado por la consagracion, abrevia sus ceremonias, é interrumpe todas las otras funciones para volar al socorro del enfermo que tiene la vida en peligro. Cuando le halla dispuesto á aceptar su ministerio de reconciliacion y de paz, bendice por ello al Señor misericordioso, y se apresura con alegría á administrarle; de su boca paternal no salen sino palabras de esperanza, de gracia y de consuelo; excita el valor, calma las agitaciones del alma, vierte el bálsamo en la conciencia del moribundo; en una palabra, es el ministro de la infinita misericordia de Dios para purificar, sostener, santificar y salvar. Y si á veces encuentra cristianos que miran su salvacion con indiferencia, ó que están llenos de preocupaciones hostiles á la Religion, ¡ah! en unas circunstancias tan dolorosas exhorta con toda la efusion de su alma, solicita, suplica, pero sin soltar nunca una palabra áspera, sin hacer un movimiento de impaciencia, como un amigo compasivo y celoso, como el mas tierno de los padres, como el ministro del Dios de caridad. En tan sublimes funciones el sacerdote es el representante del divino Redentor, inflamado de su celo para salvar aquella alma, sustraerla á la tiranía del demonio, é impedirle que caiga en el eterno abismo que se abre para tragarla.

Mas ¿quién podrá expresar su celestial júbilo cuando ve coronados sus esfuerzos por un éxito feliz, cuando se le concede la conquista de aquella alma? Penetrado del mas vivo reconocimiento hacia Dios, y de la mas tierna caridad en favor del pobre enfermo que ha restituido á la vida de la gracia, goza de su calma, se complace en su felicidad, siente todos los afectos agolpados en su corazón, y ambos á Dios dan gracias, oran y aman á un Señor tan bueno y misericordioso, esperando con espíritu de sumision, de sacrificio, de paz y de confianza el cumplimiento de su adorable y santa voluntad. ¡Qué contraste entre los sacerdotes católicos y los ministros protestantes! Estos no experimentan ni pueden experimentar nunca el celo que

ánima á nuestros pastores de almas en favor de los enfermos, nuestra viva solicitud, nuestra amargura, nuestra tristeza, si nuestros desgraciados hermanos se niegan á salvarse. También son extraños los ministros protestantes á las profundas y sabrosas emociones de nuestro corazón, cuando con el auxilio de la gracia hemos librado del naufragio y conducido al puerto de salvación al infortunado que iba á perecer. No creais sin embargo que sea mi ánimo censurar el carácter personal de dichos ministros, ni señalar su indiferencia en el cumplimiento de un deber, porque su inacción hácia los enfermos consiste en los principios de sus sectas y también en la esterilidad de su ministerio, aun cuando se empeñasen en ser celosos. En cuanto han leído y comentado la Biblia en el púlpito, deben cesar con respecto á sus correligionarios todas las relaciones de *ministro*, quedando reducidos á la condición de ciudadanos, padres de familia y hombres de mundo, cuyas fiestas y diversiones suelen compartir. Por otra parte, no teniendo carácter sagrado ni misión del cielo, no pueden hacer otras visitas á los enfermos que las de simpatía y de simple urbanidad, que es á lo que se contrae su ministerio consolador, pues lejos de tener siquiera una bendición para sus hermanos agonizantes, no son más que unos hombres cualesquiera en presencia de otro hombre que se está agitando en las convulsiones de la muerte.

Hase dicho muy á menudo con satisfacción y orgullo que en el Protestantismo se ejercita la libertad de exámen y la independencia del pensamiento, pues cada cual puede escoger sus dogmas, su moral, su culto, y en una palabra, toda su religión; pero cuando el terrible trance de la muerte, también es preciso que cada uno sufra las consecuencias de esta individualidad y espantoso aislamiento. Los que el protestante llama pastores suyos no tienen que desempeñar en su agonía ministerio alguno; así es que el moribundo no oye ninguna voz que con autoridad divina le dirija palabras de arrepentimiento, de valor ni de esperanza, quedando abandonado á su espantosa seguridad ó á su terror y angustia.

El fiel católico, que tantas veces se ve visitado por el sacerdote de Jesucristo, recibe con una tierna piedad los socorros y consuelos que la Iglesia concede á sus hijos. Purificado de sus faltas, reconciliado con Dios en el sacramento de la Penitencia, alimentado por la adorable Eucaristía, que para su alma es el Viático de la eternidad, y robustecido por la gracia de la Unción santa, espera en paz el cumplimiento de las voluntades del Señor, ó por mejor decir, llama con todos sus votos el momento en que pueda entregar el alma á Dios con

los más vivos afectos de reconocimiento, de amor y felicidad. El ministerio del sacerdote no queda terminado en su favor con la administración de los Sacramentos, pues todavía tiene consuelos que derramar y gracias que pedir... Aplica al moribundo la indulgencia plenaria de la Iglesia, y en seguida, prosternado cabe el lecho del agonizante, recomienda el alma dirigiendo á Dios esta oración afectuosa que tan bien expresa la piedad, la confianza y la más tierna caridad: «Sal de este mundo, alma cristiana, en nombre de Dios «Padre omnipotente, que te ha criado; en nombre de Jesucristo Hijo «del Dios vivo, que ha sufrido por tí; en nombre del Espíritu Santo, que en tí se ha derramado... Que al salir del cuerpo puedas entrar en la santa montaña de Sion, en la ciudad del Dios vivo, en «la Jerusalem celestial, en la numerosa reunión de los Ángeles, en «la Iglesia de los primogénitos que están escritos en el cielo... Que «el buen Pastor te reconozca por una de sus ovejas, y que te cuente «entre sus elegidos. Te recomendamos, Señor, el alma de tu servidor, y te suplicamos, ó Señor Jesús, Salvador del mundo, que te «dignes recibir en la mansión de la paz, y de manos de tus santos «Ángeles, esta alma por quien tu misericordia te hizo descender á «la tierra. Dignate olvidarte de sus iniquidades pasadas á que la arastraron sus malos deseos; pero acuérdate de tu misericordia y de «la gloria de tu nombre. Haz que el espíritu de este enfermo se res- «tituya á tí, que vuele hácia tí, y que en tí descanse por siempre. «Amen.»

Quedan rotos los lazos del cautiverio, emprende el alma su vuelo en dirección al cielo, y acude á recibir del soberano Juez la gloriosa corona de la inmortalidad; un sentimiento indefinible de piedad, de tristeza y de dulce alegría llena el corazón de los parientes y de los amigos prosternados en torno de los restos mortales... Después del religioso silencio de la oración en favor del finado, todos dicen y repiten con alegría estas palabras de esperanza y de consuelo: Feliz, feliz es él, pues ha muerto en la paz del Señor...